



Publicado por:

NovaCasa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2020, **Ingrid V. Herrera**

© 2020, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Noelia Navarro

Corrección

Naiara Philpotts

Diseño de cubierta

Vasco Lopes

Maquetación

Vasco Lopes

Impresión

PodiPrint

Primera edición: Marzo 2020

Depósito Legal: B 8399 - 2020

ISBN: 978-84-16281-77-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

INGRID V. HERRERA


*Lo que
todo gato
quiere*

2ª EDICIÓN



Nova Casa Editorial





*A mi familia,
los de mi casa y
los de Wattpad*





Índice

Introducción 9

CAPÍTULO 1

Un gato llamado Sebastian 11

CAPÍTULO 2

No todo lo que maúlla es un minino 23

CAPÍTULO 3

Agua 39

CAPÍTULO 4

Bola de pelos 49

CAPÍTULO 5

Inadaptada 57

CAPÍTULO 6

Incomprendida 71

CAPÍTULO 7

¿Sexo, drogas y rock and roll? 77

CAPÍTULO 8

Se acabó la fiesta 93

CAPÍTULO 9

*E*mergencia 101

CAPÍTULO 10

*A*miga 113

CAPÍTULO 11

*N*o se aceptan niñas 141

CAPÍTULO 12

*E*n problemas 165

CAPÍTULO 13

*I*gual a mí 185

CAPÍTULO 14

*E*l enemigo en casa 195

CAPÍTULO 15

*G*ellar 241

CAPÍTULO 16

*E*n casa 269

CAPÍTULO 17

*A*daptación 291

CAPÍTULO 18

*L*istos para perder 315

CAPÍTULO 19

*P*apá 371

CAPÍTULO 20

*A*mor mío 389

*E*pílogo 407

*A*gradecimientos 429



Introducción

El señor y la señora Gellar entraron en un insalubre callejón de Londres. Sus costosas ropas desentonaban con el arrabal. La presión de la lluvia caía sobre sus cabezas y los motivaba a terminar pronto lo que se traían entre manos.

El señor Gellar se adelantó y empujó unas cuantas cajas mohosas y unas bolsas pestilentes fuera de su camino. Agachado a un lado del contenedor metálico, él improvisó una casita de cartón. Colocó una manta de fina seda y algunos periódicos.

—Rápido Sarah, dámelo.—Extendió las manos hacia su esposa.

La señora Gellar arrebujó con más fuerza al diminuto bultito envuelto que sostenía. No quería hacerlo.

—¿Estás seguro Greg? ¿Qué va a decir Gerald cuando descubra que no está?

Lo que opinara su hijo, no le importaba en ese preciso momento. Solo estaba aprovechando la hora de dormir del pequeño para que él no se diera cuenta de que en la casa faltaba «algo». Tenían hasta unas horas después del amanecer: tiempo suficiente para inventar una excusa que suene convincente a un niño de tres años.

Pan comido.

—Sarah —la apuró.

Su marido estaba impaciente y ansioso, lo notaba por el temblor de sus manos. Entre aliviada y angustiada, Sarah miró al gatito recién nacido que cargaba en sus brazos. Tenía el tamaño de



un ratoncito de cocina y sus diminutas orejas temblaban pegadas a su cabeza de color negro. Había comenzado a emitir agudos y débiles maullidos en busca de la leche de su madre.

A pesar de sentir su alma estrujada por verse obligada a tener que abandonarlo, ellos no podían conservarlo por dos razones: su madre ya no podía cuidar de él y su hijo Gerald era alérgico al pelo de gato.

Así debía ser.

Era lo mejor.

¿Pero por qué se sentía así de mal?

Sacó del bolsillo de su abrigo de piel una fina cadena de oro con un pequeño medallón ovalado. La deslizó por el cuello del gatito y procuró aferrarla con delicadeza gracias a un cierre deslizante. Si iba a recuperarlo, lo haría gracias al medallón.

La señora Gellar miró, angustiada, el rostro de su marido y notó cómo un relámpago iluminaba las duras facciones de él.

El bultito pasó de las pequeñas manos de Sarah a las enormes y fuertes manos de Greg, y él lo acomodó sobre el refugio que había armado.

Empapados y en mortal silencio, regresaron al Cadillac que los esperaba en la entrada del callejón. Volvieron a su residencia dejando atrás al gatito que se revolvía con premura en la manta. El medallón de oro centelleaba gracias a la intensa luz de la luna llena.





CAPÍTULO I

Un gato llamado Sebastian

19 años después

¡Y los Escorpiones de Dancey High son campeones por tercera vez consecutiva!
AJÁ. ESO ES.

¡NUESTRO EQUIPO ES EL MEJOR!

El campo de *rugby* de la preparatoria pública Dancey High estalló en vítores y en serpentinas de color rojo y amarillo, los colores oficiales de la escuela. Los corpulentos jugadores chocaron sus cuerpos y se embarraron en el sudor de la victoria. El entrenador les dio sonoras palmadas «varoniles» en sus espaldas de gorila y algunas porristas se acercaron a besar a sus novios, miembros del equipo, y otras se quedaron saltando mientras canturreaban la porra y agitaban sus pechos y sus pompones.

Los espectadores a favor de Dancey High chillaban en las gradas con excitación. Los perdedores de Abbott High tuvieron que salir discretamente para no ser abucheados, sin embargo, nadie se fijaba en ellos, todos estaban ocupados por los festejos.

Todos, menos la mascota del equipo.

La pobre persona dentro del pobre disfraz mal hecho, de un escorpión, corría por el campo mientras era perseguida por una horda de jugadores que querían lanzársele encima para festejar...



Oh, no. La persona que estaba ahí dentro no se la estaba pasando bien, nada bien, y no le hacía ninguna gracia que los gorilas quisieran matarla.

—Oh, parece que Escorpi no quiere un abrazo. ¡Vamos, animemos a Escorpi! —exclamó el locutor y su voz salió por los potentes altavoces distribuidos en las esquinas del campo.

Enseguida, la porrista capitana lideró la porra en contra de Escorpi.

Era una perra.

—¡ES-COR-PI, ES-COR-PI, ES-COR-PI!

En las gradas, la corearon. Eso era un complot, era alta traición.

Ese pobre disfraz de ahí...

La persona que corría por su vida a lo largo de todo el lodoso campo, la que ahora se encontraba en el suelo y a la que le aplastaban los jugadores, uno por uno...

Era la pobre de Ginger.

Todos estallaron en bulla y aplausos. Cuando Ginger pensó que ya no podía respirar más, que ya se estaba ahogando con su propio sudor y que el calor de los diez cuerpos la neutralizaba, oyó el silbato del entrenador.

—Ya basta, aléjense de ella. Déjenla respirar, fue suficiente: bien hecho, chicos.

Los jugadores se bajaron de Ginger y ella sintió cómo, de a poco, se recomodaron sus órganos. Estaba enterrada en el pasto y en el lodo del campo. El entrenador Callahan tuvo que tirar de ella para sacarla mientras la chica tosía el pasto que se había tragado.

Él le zafó la cabeza de escorpión de un tirón, y encontró a una Ginger moribunda a causa del calor. Tenía el cabello pelirrojo apelmazado por la transpiración, sus pálidas mejillas estaban sonrojadas y los párpados inferiores se veían hundidos por la deshidratación.



—¿Estás bien? —le preguntó al tiempo en que le daba una palmada en la mejilla.

Ginger sintió dolor, pero sabía que eso era lo más delicado que el entrenador podía ser. Como no pudo contestar, porque tosió más tierra, asintió con la cabeza.

—Qué bueno —afirmó el hombre y se fue a festejar con sus chicos.

Pronto, la dejaron sola en el campo. Se sacudió la tierra y el pasto pegado de su disfraz de escorpión que, viéndolo de lejos, parecía más un camarón debilucho.

Ginger había aceptado ser la mascota porque quería estar cerca de los jugadores, bueno, en realidad, quería ser porrista, pero sabía que ni aunque Keyra y sus secuaces estuvieran drogadas y ebrias la aceptarían.

Solo bastaba con mirarla en el pasillo, frente a su sobrio casillero, cuando todos los demás estaban personalizados; bastaba con ver la forma en que llenaba sus delgaditos brazos con libros mientras que los demás no cargaban ni con el aire; tan solo bastaba con ver su forma de vestir, al estilo estereotipo de bibliotecaria, con lentes que se oscurecen con la luz del sol y con su cabello rebelde pulcramente peinado en una trenza francesa.

Ginger era la marginada tesorera de Dancey High, a la que, si se le caía un libro, se lo pateaban; si se le caían los lentes, se los rompían; si entraba a un salón bajo su función de tesorera escolar y decía «atención, por favor», hacían de todo menos escucharla. Incluso, solían robarle la tarea para copiarse y después la encontraba arrugada y manchada de vete a saber qué.

Ah, y encima quería ser porrista, pero era la mascota.

No importaba. De esa manera, podía estar cerca de los jugadores y las porristas.

Estaba todo bien.



En serio...

Tal vez.

Ginger puso la cabeza de Escorpi bajo su brazo y caminó cojeando hacia el exclusivo vestidor de las porristas que era uno de los privilegios —en realidad, el único— que gozaba: entrar en la sede de lo *fashion*, las minibragas y los cuerpos talla cero.

Cada vez que Ginger entraba en ese lugar, las demás se callaban de golpe como si estuvieran hablando de ella, no obstante, desechó la idea porque eso sería un honor. No hablaban de ella, se burlaban de ella. Le metían el pie cuando pasaba o le esbozaban muecas de náuseas, como si fuera un cubo de basura al tope de moscas. La repelían.

Sin embargo, esta vez habían llegado lejos.

Al abrir su casillero, Ginger no encontró su ropa.

Con creciente alarma, notó que ni siquiera estaba su mochila. Y si no estaba su mochila, no estaba su cartera, y si no estaba su cartera, no tenía dinero, y si no tenía dinero, no podría tomar el metro.

Tenía que caminar de regreso a su casa. ¿Y si llovía? Era un hecho que llovería ¿Y si se hacía de noche? Bueno, ya era de noche. ¿Y si la asaltaban? Qué diablos, no podrían hacerlo porque no llevaba nada más que su virginidad, por lo tanto, podrían...

—O-oigan chicas —murmuró.

Nadie le hizo caso, todas estaban admirando la talla de sostén que utilizaba Keyra Stevens.

—Disculpen... ¿han visto mi...?

Terminaron de vestirse y entre fuertes carcajadas salieron azotando la puerta. Dejaron a Ginger sola con su alma.

Todo lo que quería era quitarse el disfraz, pero no podía irse en ropa interior... sí, así es, todo lo que traía puesto era su ropa interior.



Sin más retraso, salió del vestidor y se metió en los pasillos, empujó las puertas de cristal de la salida. La masa de alumnos se congregaba en el aparcamiento y todos comenzaron a irse en sus autos, listos para celebrar y hacer escándalo en otro lado. Ginger se vio tentada a pedir aventón, pero ¿a quién? No tenía amigos.

Mientras caminaba por la calle Baker, mantenía la cabeza gacha, aunque eso no evitaba que los transeúntes la miraran con desconcierto y los más pequeños la señalaran:

—¡Mira, mamá, un camarón!

No había par de ojos que no se torciera hacia ella. Las miradas la ponían nerviosa y la hacían caminar más aprisa.

Ginger zigzagueaba para evitar los charcos de la lluvia anterior. Había llovido durante el partido y, aun así, eso no impidió que siguieran adelante, lo cual no fue favorecedor para ella porque Escorpi terminó oliendo como perro mojado.

Una gota explotó en su respingona y pecosa nariz. Miró al cielo y divisó unas grandes nubes grises que contrastaban con la oscuridad parcial que antecede a la noche. La gente ya se disponía a cerrar los locales, cuando Ginger cruzaba por una zona de callejones.

Comenzó a sudar con solo imaginarse la clase de maleantes que podrían estar a la espera de una víctima, tras los mugrosos contenedores de basura, y pensó en todas las señoritas que fueron víctimas de Jack el Destripador. Ginger estaba en una situación parecida a la que estuvieron todas ellas antes del crimen, salvo que por el disfraz distaba mucho de parecer prostituta.

Un estrepitoso ruido detuvo su corazón y, luego, lo hizo latir muy rápido. Sonó como si varios baldes metálicos cayeran al suelo.

Una mancha negra pasó como una exhalación por los pies de Ginger, seguida por un hombre gordo que salía a tumbos

por la puerta trasera de un callejón mientras agitaba una escoba en el aire.

—Maldito bicho, ¡vuelve a meterte con mis carnes y te convertirás en una hamburguesa! —masculló el hombre que vestía un mandil blanco manchado de sangre y grasa.

El carnicero se limpió el sudor de la frente con su peludo y gordo brazo y se embarró de sangre. Después, miró a Ginger de arriba abajo tratando de descifrar de qué diablos iba disfrazada.

—Oye niña, si ves a esa mascota del demonio, tráemelo, ¿entiendes?

Ginger asintió enérgicamente con la cabeza y siguió su camino con rapidez. Antes de llegar a la esquina, en la entrada de otro callejón, vio que un gato de pelaje negro y brillante le daba la espalda.

Sabía que en cuanto se acercara, lo asustaría y el animal saldría corriendo hacia recoveco más cercano, por lo que trató de amortiguar el sonido de sus pasos. A pesar de sus esfuerzos, las puntiagudas orejas del gato comenzaron a girar y retorcerse como una antena que trata de sintonizar la señal. Cuando encontró la «frecuencia» de los pasos, miró sobre su espalda y la enfocó.

Ginger se detuvo en seco y se quedó congelada, sin mover un solo músculo, no quería que saliera huyendo. El gato fijó su felina y afilada mirada en ella. Tenía unos impresionantes ojos azul turquesa que parecían realizarse en 3D sobre su pelaje negro.

Con la arrogante elegancia que suele caracterizar a los gatos, se levantó y giró hacia ella agitando la cola de un lado a otro.

Oh, no. Ginger no era tonta, veía demasiado Animal Planet como para saber que la mirada fija y la cola danzante eran gestos equivalentes al de una serpiente que hacía sonar su cascabel.

El gato adelantó una pata. Ginger retrocedió un pie y después, con mucho cuidado, rodeó al minino para poder pasar



como si de un precipicio se tratara. El gato giró la cabeza en su dirección y la siguió con la mirada.

Con un estremecedor escalofrío, Ginger cruzó la siguiente calle, ya se encontraba más cerca de su casa.

—Miauu.

Ella reprimió un grito y dio un respingo. El carnicero tenía razón. Tal vez sí era la mascota del demonio.

Ahí estaba esa bola de pelo negra, mirándola directo a los ojos. Ronroneaba y movía lentamente la cola, de derecha a izquierda. Se acercó con parsimonia hacia ella. Ginger tenía miedo de pensar que, si corría, él se le engancharía en la pierna.

—No, no, no. No te muevas —le suplicó mientras ella retrocedía los pasos que daba el gato— gatito, lindo gatito... ay, Dios, me das miedo.

Tras su espalda, escuchó el pitido de los autos. Había llegado hasta el cordón de la calle y no podía seguir retrocediendo o la aplastarían como a un sapo.

El gato se acercó tanto a ella que casi se podían tocar. Levantó el lomo y se enroscó en la pierna de Ginger: restregándose.

Ella soltó el aire que había acumulado en su interior. Después de todo, no iba a morir asesinada por un gato.

Se puso en cuclillas y le extendió su mano con la palma abierta hacia arriba. El animal la olisqueó un momento y luego restregó su sonrosada nariz y su mejilla contra ella. Ginger rascó tras sus orejas y le deslizó la mano sobre el lomo provocando que el gato se arqueara.

Gin se rio.

—Eres muy lindo —afirmó.

Él maulló, como diciendo «lo sé», y cerró sus preciosos ojos azules mientras ella le rascaba el cuello. Su pelaje estaba mojado, pero era muy suave.



Pronto, Ginger tocó algo extraño bajo el pelo de su cuello.

—Vaya, ¿qué tienes aquí amigo?

Se agachó un poco más y sus dedos jalaban una enredada cadena, pero de delicados eslabones, dorada.

—¡No puede ser! ¿Cómo es que tú tienes cosas de oro y mis padres solo me dan... plástico?

El gato protestó porque ella había dejado de acariciarlo y Ginger le frotó la barbilla con una mano mientras que, con la otra, le daba vueltas a la cadena y sentía la vibración de su ronroneo bajo los dedos.

Se encontró con un pequeño óvalo dorado que tenía un escudo grabado en una cara y un nombre, en la otra.

—«Se... Sebastian» —leyó—. ¿Te llamas Sebastian?

—Miau.

—No te ofendas, ¿quieres? Pero normalmente a los animales se les pone nombres ridículos como Skipie, Pulgas, Manchas, Rex o algo así, pero ¿Sebastian? ¿Quién es tu dueño? ¿Paris Hilton?

Un trueno golpeó el cielo, un relámpago lo iluminó y las nubes soltaron la lluvia.

—Ay, no.

Ginger no lo pensó ni dos veces: tomó la cabeza de Escorpi con una mano, a Sebastian, el gato, con otra y se echó a correr. Sus pisadas salpicaban el agua de los charcos.

Al llegar a su calle, sintió que las fuerzas le faltaban y la lluvia le borraba el camino a su de por sí miope vista.

Subió las tres escalinatas de la entrada y, antes de aplastar la yema de su dedo contra el timbre, se acordó del gato que llevaba rebotando bajo el brazo.

El pobre se había empapado de nuevo y sacudía la cabeza haciendo tintinear su collar. A Ginger no se le había ocurrido qué diablos era lo que iba a hacer con él.



Sus padres no la dejarían tener otra mascota y, menos, un gato. Su madre les tenía alergia porque soltaban demasiado pelo.

Un trueno volvió a viciar el sonido de la lluvia que repique-teaba en la calle adoquinada y Ginger tomó su decisión: ella no tenía corazón para dejarlo ahí afuera en la tempestad. Quizá si lo escondía muy bien, en algún rincón de su habitación, su madre no se daría cuenta. Además, recordó que ese día tenía que hacer guardia en el hospital donde trabajaba y que su padre tenía una cirugía programada para altas horas de la noche, así que...

Metió la bola de pelos en la cabeza de Escorpi, consciente de que no estaría cómodo. Sebastian siseó irritado.

—Shh, cállate solo será un momento.

Pulsó el timbre repetidas veces, sabía que con una bastaba, pero a ella le daba placer irritar a toda su familia mientras lo hacía.

Del otro lado de la puerta, se oyeron pasos apresurados acompañados por el repiqueteo de pezuñas y varios ladridos.

—¡Honey, perro malo, no arañes la puerta! ... ¡Gin! Santo Dios. ¡Mira cómo vienes cariño! Entra, qué esperas. ¿Que llegue Navidad?

La señora Kaminsky, o Kamy, la empujó dentro del calor de la casa. Ella era su niñera desde tenía uso de razón y, con los años, la señora se convirtió en parte de la familia.

A Ginger le fascinaba llegar a su casa y tener como recibimiento el olor dulzón de las galletas de mantequilla que se cocinaban en el horno, sentir el calor proveniente de la chimenea encendida en la sala y que «la hora clásica» saliera del viejo radio de su padre. En ese momento, sonaba la canción de Frank Sinatra, *Singin' in the Rain*, que era muy apropiada para la ocasión.

Mientras Kamy subía las escaleras en busca de una toalla caliente, Honey, el perro labrador de la familia que tenía su



nombre por color miel de su pelaje, olfateó a Ginger frenéticamente. Debía percibir el olor de Sebastian.

Sebastian, a su vez, debía percibir a Honey porque los pelos de su lomo se erizaron y el perro comenzó a gruñir por lo bajo.

Cuando Kamy bajó con la toalla, trató de despojar a Ginger de su «uniforme».

—¡No! Es decir, no te preocupes. Yo me encargo, subiré a cambiarme.

—Como quieras —dijo Kamy con una mirada perspicaz—, pero no te vayas a resbalar, Ginger, por favor, tus padres ya tienen suficiente trabajo en el hospital como para atender otra pierna rota.



Ginger salió de cambiarse y, al abrir la puerta de su habitación, se encontró con Sebastian que estaba empapando el hermoso edredón rosa que cubría su cama. El gato se acicalaba tras las orejas con una pata que ensalivaba.

—Gato malo, bájate de ahí. —Lo ahuyentó con las manos y él fue hacia el piso.

Sebastian la observaba mientras ella iba de un lado a otro buscando en los cajones trapos viejos o rotos, sin embargo, solo que encontró viejas bragas agujeradas.

—... y, por favor, por ningún motivo quiero que salgas de esta habitación. ¿Entiendes?

...

¿Qué se suponía que iba a entender? Era un gato y no entendía la mayoría de las palabras humanas.

—... porque si mi madre te llega a ver, Dios, no sé ni lo que pueda pasar. —Se detuvo contemplativa—. No, sí sé. Estallará



la Tercera Guerra Mundial —exclamó haciendo un ademán de explosión con sus manos.

Encendió la calefacción empotrada cerca del suelo y se arrastró con dificultad bajo la cama. Estaba claro que no servía para el ejército, pero tenía que cumplir con la peligrosa misión de hacer una camita para el gato con el montón de bragas.

Luego, llenó un tazón con leche y otro con agua y, por último, trajo una misteriosa caja de zapatos.

Se agachó frente a Sebastian y le inclinó la caja para que asomara la cabeza. Estaba llena de arena medio mojada y tenía una que otra hierba del jardín.

—Escucha: esto —señaló dentro de la caja con un dedo— es para que hagas tus necesidades. Ya sabes, eres un gato y los gatos escarban —hizo ademán de escarbar sin tocar la tierra— para hacer pis o hacer *poop* —Se levantó y volvió a escabullirse bajo la cama para colocar la caja—. Lo dejaré aquí y espero que recuerdes todo lo que te he dicho.

Sebastian pareció no entender una sola palabra, pero caminó cauteloso a la braga-cama, olisqueó el detergente con el que estaban lavadas, escarbó un poco para ahuecarlas, dio un par de vueltas alrededor de sí y se hizo un ovillo ronroneante y negro al envolverse con su cola.

Ginger lo observó un momento hasta que sus párpados pesaron como el plomo y se metió en la cama.





CAPÍTULO 2

No todo lo que maulla es un minino

A la mañana, Ginger se despertó con el agradable sonido de las gotas de lluvia que querían traspasar el cristal de su ventana.

Con eso y con otro sonido.

Cuando la señora Kaminsky no tomaba sus pastillas para los ronquidos antes de dormir, pues... roncaba; pero ¡santo cielo!, esa vez superaba el límite de los decibeles. El sonido era demasiado intenso y rasposo, parecía que roncaba con todas sus fuerzas pulmonares o que...

De pronto, Ginger se abrazó a la almohada y la aprisionó contra su pecho. Con lentitud, asomó la cabeza al borde de la cama. Había una sábana tirada en el suelo sobre la que se podían distinguir dos bultos extraños.

Con mucha cautela, tomó la sábana de un extremo y la jaló hacia arriba para descubrir dos largas, velludas, desnudas y fuertes piernas que sobresalían por debajo de la cama.

—¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaahhhhhh! —gritó Ginger y retrocedió sobre sus cobertores mientras se aferraba con las uñas a la almohada.

Sintió un golpe bajo en la cama que hizo levantar un poco el colchón del lado donde tenía su trasero. Se levantó tambaleante



y trató de subirse a la cabecera de la cama. Parecía una damisela en una isla rodeada por tiburones.

—¡Auch!

Los golpes en la puerta la sobresaltaron.

—Ginger, ¿qué pasa ahí dentro? ¿Por qué gritaste? ¿Estás bien?
—dijo Kamy con la voz amortiguada tras la puerta de madera.

—Ah... sí. Fue solo una cucaracha —tranquilizó.

Tremenda cucarachona, más bien.

—Ay, Ginger, pues máatala, corazón. Espero que no hayas despertado a tus padres, llegaron hace un par de horas.

—Está bien, yo me ocupo, Kamy.

Cuando los arrastrados pasos de Kamy se alejaron por el pasillo, Ginger volvió a asomarse por el borde de la cama, pero ya no había nada.

Era como si todo lo que sus padres le habían dicho sobre el «Coco» se estuviera volviendo realidad. Se asomó por las otras orillas, pero tampoco encontró algo.

Quería bajarse de la cama y salir corriendo por la puerta, pero tenía miedo de que, si lo hacía, alguien pudiera jalarle el pie y quisiera arrastrarla bajo la cama con quien quiera que estuviese ahí.

—¡Oh, no!

Sebastian.

¡Sebastian estaba ahí! Se lo habían comido.

—Oh, Dios.

Ginger se estremeció de solo pensarlo.

Logró saltar hasta una silla cercana y tomar una larga regla de madera entre sus manos a modo de arma blanca. Aunque no lograra verse peligrosa, porque las manos le temblaban como maracas, le daba algo de fuerza mental.

Subió a su escritorio; la puerta ya la tenía a un lado. Luego, bajó un pie después de otro y, despacio, pegó la mejilla a la



alfombra para ver bien qué diablos era lo que habitaba bajo su cama. ¿Acaso sería una bestia?

Todo lo que su miope vista logró ver desde esa distancia fue un ovillo de piel humana que apenas cabía ahí debajo y que se sobaba la cabeza. Aprovechando que el humanoide no le prestaba atención, Ginger se acercó a rastras, con la regla en mano.

Cuando estuvo más o menos cerca para que su arma alcanzara a «esa» cosa, le picó las costillas con la punta.

—¡Ay! —el individuo dio un respingo y volvió a golpearse la cabeza con la base del colchón. Volteó y sus ojos se encontraron con los de Ginger, que enseguida se abrieron como dos platos de tamaño familiar.

Él salió de debajo de la cama y se movió hacia atrás con gran agilidad. Cuando se levantó, Ginger solo pudo verle de los pies hasta la mitad de las pantorrillas. Ella lo imitó y se levantó; no dio crédito a lo que tenía frente a sí.

Antes de que Ginger soltara la regla, que cayó con un rebote sordo sobre la alfombra, y se cubriera los ojos con las manos, lo vio; no hubo duda de que lo vio...

Había un hombre completamente desnudo del otro lado de su cama.

Por poco, ella se orina por el miedo.

—¡Dios mío! —exclamó. ¿Qué otra cosa podía hacer más que invocar a Dios?

—¡Lo siento! —el hombre retrocedió más y se topó con una cortina púrpura de diseño floral que usó como toga romana para cubrirse los atributos masculinos... esos que ya sabemos cuáles son.

—¿Quién diablos eres tú? —preguntó Ginger mientras se tapaba los ojos con una mano y con la otra tanteaba el piso en busca de la regla.

—¿Yo? ¡Yo soy yo!

—Ah, no me digas —dijo en tono sarcástico—. Pues será mejor que salgas de aquí antes de que te muela a palos —se acercó lo más amenazante que pudo y blandió la regla con ambas manos como si fuera un bate de béisbol.

El hombre, cuando vio que ella estaba más cerca, extendió una mano como escudo y suplicó por su vida.

—¡No, por favor!

—¿Por favor? ¿Cómo te atreves a decir «por favor»?

—Diablos. ¿Qué te pasa? ¿Tienes memoria de pez? ¡Soy yo! Recuerda, demonios. Me recogiste ayer. Soy Sebastian.

«Sebastian. Sebastian. Sebastian».

A Ginger se le paralizó la sangre, se le coaguló y luego se le secó.

Estaba petrificada.

Confundida.

Acorralada.

No estaba segura de poder creer semejante cosa; la parte racional de su cerebro se aferraba a negarlo y a salir corriendo para pedir por ayuda, sin embargo, Ginger era demasiado incrédula y fácil de influenciar.

Aun así, no había forma racional en la cual pudiera creerle a ese sujeto. No obstante, algo en el cerebro de Ginger hizo clic; una neurona se conectó con otra y en una milésima de segundo recordó el día de ayer.

La bola de pelos que huía del carnicero, la bola de pelos que la miró de forma penetrante, la misma bola de pelos que acarició, la que se le restregó en la pierna mientras ronroneaba, la que acogió en su casa de contrabando y le explicó todas aquellas cosas vergonzosas de la caja de arena: ¿Cómo le dijo? Ah, sí. Pis y *poop*.



Sus mejillas se encendieron y luego, jadeante, se fijó en la fina cadena de oro que colgaba de su cuello. El óvalo descansaba en el hueco entre sus dos clavículas.

«Sebastian».

—Soy yo —repitió.

Su profunda voz distaba mucho del maullido agudo con el que lo había conocido. Ginger levantó la vista y lo miró a la cara. Casi le da una segunda era de hielo en la sangre al ver lo embriagadoramente atractivo que era.

Aún lucía rasgos felinos, sobre todo, en la forma de sus ojos, en su intenso color azul —en el que cualquiera podría ahogarse feliz—, en la intensidad de su mirada y, principalmente, en el cabello: negro azabache, brillante a contra luz y de apariencia suave. Ginger se preguntó si sería igual que el pelaje del gatito si enterraba la mano en él.

La era de hielo se derritió y dio paso al calentamiento global en sus mejillas. Soltó la regla y se llevó una mano a la frente. Arrastró los pies hasta el borde de la cama, necesitaba sentarse para no desmayarse en el suelo.

—Eres tú —susurró con la vista perdida en algún remolino de la alfombra.

Sebastian observó en silencio el debate interno que tenía Ginger. Luego de un momento de pensamientos implícitos en el aire, ella levantó sus ojos verdes y lo miró. Dijo algo que dejó a Sebastian desconcertado.

—Yo que tú, me quito de ahí.

Sebastian frunció el entrecejo, confundido.

—¿Por qué lo dices? —preguntó, cauteloso de la respuesta.

—Porque todo Londres está viendo tu trasero.

Sebastian apretó más la cortina contra su cuerpo y miró por encima de su hombro.



Tras de sí, había una ventana. No, no era una ventana. ¡Era un monstruoso ventanal del infierno y su trasero estaba pegado al cristal como una mejilla!

Alarmado, lo primero que hizo fue mirar hacia la banqueta. Sus pulmones se desinflaron de alivio cuando comprobó que no había moros en la costa: ni autos ni personas ni nada...

Hasta que dirigió la mirada hacia las escalinatas de la casa y vio a la mujer del correo con la mandíbula desencajada, con los ojos salidos de sus órbitas y con la correspondencia suspendida en el aire, a medio camino de entrar en el buzón.

Sebastian se dio la vuelta hasta quedar enrollado en la cortina. Merecía el premio mayor a la vergüenza.

Ginger intentó con todas sus ganas contener la risa, pero no la pudo controlar y se convirtió en una carcajada que trató de amortiguar contra una almohada.

Sebastian gruñó y soltó un par de palabrotas.

—Maldición, no puedo vivir así —murmuró para sí mismo— ¿No tienes ropa que me prestes? No sé, de algún hermano, padre, novio...

Ginger hizo una mueca al oír esa última parte... «Novio»: era la palabra que más le gustaba y la que menos usaba, porque no tenía.

¡Qué mundo tan cruel!

—Veré que puedo hacer, pero eres más alto que mi papá, así que no prometo la gran cosa.

—Sí, sí. Lo que sea, pero que sea ahora... por favor.

Ginger sonrió enternecida.

Sebastian era grande y delgado, pero musculoso. Tenía una espalda que parecía entrenada para patear traseros en el *rugby*. Además, su apariencia era la de un chico malo, de esos que dicen: «Tú. Yo. A la salida. Te espero. Madrazos» y, sin embargo, era indefenso como un gatito.



Después de dejar a Sebastian cambiándose en el cuarto y advertirle, de nuevo, que no se le ocurriera siquiera mirar fuera del pasillo, Ginger bajó a desayunar.

Al pie de la escalera la esperaba Honey, meneaba la cola con ahínco, aunque adoptó una actitud más cautelosa al olfatear su pierna. De seguro debía notar el olor gatuno que desprendía la piel de Sebastian.

—Chist, no vayas a delatarme Honey. —Le dio unas palmaditas en la cabeza y entró en el comedor.

Adentro, sus padres ya estaban sentados a la mesa, cosa que no le sorprendía porque así era su ajetreado ritmo de vida: trabajar mucho, dormir solo dos segundos, desayunar, trabajar y adiós.

Su padre estaba en la cabecera del comedor, frente a la chimenea, oculto por el *Times* y bebiendo de su taza de café. Su madre, por otro lado, enviaba mensajes de texto donde de seguro avisaba de que llegaría en quince minutos a la cirugía programada que tenía en el hospital.

No notaron a Ginger hasta que arrastró la silla para sentarse.

—Buenos días, cielo —dijo su madre con una sonrisa dulce.

Su padre bajó el periódico un momento y la saludó con un gesto que hizo al levantar su taza de café tamaño familiar.

—Vaya, ya era hora de que la bella holgazana se despertara. —Entró Kamy con una bandeja plateada y le ofreció a Ginger un plato con melón y miel—. ¿Pudiste eliminar a la cucaracha?

Ginger casi se atraganta con el pedazo de melón:

—Cuca... ¿cucaracha? —repitió—. Ah, sí. Debiste verla, era enorme.

—Kamy, ¿hay cucarachas en la casa? —preguntó la madre de Gin con la cara horrorizada.



—No lo creo, nunca me he topado con ninguna.

—Loren, tranquilízate, no te van a comer viva, pero en todo caso llamaré a un exterminador —dijo su padre en tono distraído sin bajar el periódico.

—Derek, ¡no es cualquier cosa! ¿Qué tal si uno de esos bichos muerde a Ginger? Todavía no supera todas sus alergias...

Cielos, ¡las cucarachas mordían? Ginger no lo sabía, pero la verdad era que no le tenía miedo los bichos; es más, hubo un tiempo en que los coleccionaba, muertos, bajo su cama. Si su madre se hubiera enterado: bienvenida, Tercera Guerra Mundial.

La tenían encerrada en una bola de cristal, esterilizada y al vacío, que funcionó mientras era una niña, pero ahora, con casi dieciocho, le acarrea problemas.

Todavía no había dado su primer beso, todavía no tenía novio, todavía era virgen y todavía no podía encajar en ningún lugar ni sentarse en una mesa de la cafetería con alguien a quien considerara su amigo.

Entonces recordó al tipo que escondía en su habitación.

A Sebastian.

Tenía muchas preguntas que hacerle y no sabía por dónde empezar. ¿Cómo es que se evoluciona de gato a humano en una sola noche? ¿Los humanos vendrían del gato y no del mono?

Cielos, vivía engañada. Maldita escuela.

Mientras pensaba en todas las posibilidades sobre el origen del mundo y la inmortalidad de las cucarachas, Ginger se sobresaltó. Su madre le dio un beso de despedida en la frente y su padre le revolvió el cabello como si fuera un niño. Con algo de suerte, no los vería hasta la mañana siguiente, tenía tiempo suficiente para pensar en qué hacer con el chico que estaba en su habitación.

Momento...



¡Había un chico en su habitación! ¡Uno de verdad! ¿Por qué no lo había pensado antes? Impulsivamente, se miró el pecho; todavía llevaba puesta su enorme pijama rosa de los *Care Bears*. Alargó el cuello hasta verse en el espejo que estaba sobre la chimenea y se horrorizó con lo que vio.

Su cabello era un desastre. De un lado, parecía que tenía un nido de avestruz y, del otro, parecía que la había lamido un camello.

Se levantó de un salto y dejó el melón a medias, luego, corrió al baño más cercano. Sabía que no conquistaba ni a su perro, pero no podía permitirse que un chico tan guapo como Sebastian la viera en esas fachtas.

Trató de alisarse el cabello con un poco de agua del grifo, se sonó la nariz, lavó sus dientes hasta que las encías se le enrojecieron y, como no podía subir a su habitación vestida de esa manera, corrió al cuarto de lavado. Revolió con frenesí la ropa limpia que estaba en el cesto hasta que dio con unos pantalones de mezclilla ajustados, con una blusa de tirantes de color azul y con un suéter rosa con el cierre en la parte de adelante.

Ginger se escabulló en la cocina donde Kamy tarareaba *London Bridge is Falling Down* y logró rescatar el melón que no se había comido del refrigerador.



—¿Qué haces?

Sebastian la miró por encima de su hombro, tenía un bigote de leche embarrado en la cara. Luego se giró y dejó ver el tazón que Ginger le había dejado la noche anterior, bajo la cama.

—Me moría de hambre —explicó.



Ginger cerró la puerta tras su espalda y sonrió con ternura, seguía pareciendo un gato hasta por la forma que tenía de encoger los hombros.

—Eso no es comida. Mira —le extendió el plato con melón—, traje esto para ti.

Sebastian se acercó con un caminar lento, felino, elegante, preciso. Tomó el plato, lo olisqueó un poco y lo aceptó.

—Vamos, no seas quisquilloso.

—No lo soy, me cuido de no comer cosas envenenadas —al notar la ofensa en esas palabras, añadió—. No digo que esto esté envenenado, es solo que —se embutió un pedazo de fruta y habló con la boca llena— me ha tocado comer ratones envenena...

Al ver la cara de horror que puso Ginger, se detuvo a media frase. Sebastian se sentó en una silla, con asiento de peluche de color rosa, que contrastaba de forma ridícula con su masculinidad.

Ginger se tumbó en la cama, sobre su estómago, y recargó su barbilla en las manos. Lo observó atiborrarse de comida, tan fascinada como si estuviera contemplando los fuegos artificiales de Disneyland.

Y es que, lo era todo.

Cada gesto que hacía, por más pequeño que fuera, Dios, era como ver a una pantera. La forma en la que se lamía el labio superior para limpiarse los restos de melón, su mirada de satisfacción y de concentración al comer, la...

De pronto, notó que la ropa le quedaba un poco corta, en particular, la camisa de manga larga.

Oh, la lá.

La tenía ceñida a los músculos de los brazos, a los hombros anchos, al pecho, al *six-pack* del abdomen, a todo. Solo le faltaba ver qué tal tenía la espalda. Ginger rio por su pensamiento, probablemente, estaba muy bien...



¡Y no! Ya basta.

Ginger sacudió la cabeza. Se estaba distraendo con cosas que jamás hubiera pensado que su mente era capaz de proyectar.

Sebastian terminó de comer con una felina sonrisa en sus sonrosados labios y dijo:

—Gracias, es lo más delicioso que he probado desde... pues, desde siempre.

Se palpó el estómago como si estuviera a punto de reventar cuando en realidad lo notaba más plano que nada.

—Sebastian, he querido preguntar —comenzó en un tono demasiado formal, muy típico de Ginger—. ¿Cómo es que tú...? Bueno, ya sabes...

—Al grano, Gina...

—Ginger —corrigió.

A ella la invadió la vergüenza y Sebastian notó que era muy tímida. Él se levantó de su silla y caminó hacia el ventanal. Sí, así es, hacia el ventanal. No le guardaba rencor, después de todo.

—¿Quieres saber por qué era un gato, pero amanecí como un humano? —preguntó mientras miraba al exterior, ahora transitado. Quiso ahorrarle a Ginger el sufrimiento de tener que hablar.

—Sí —contestó en voz débil. Temía que él no quisiera contestar en caso de que la historia fuera desagradable o que el pasado lo hiciera llorar.

Sí, como no. Ni que fuera ella.

Él se recargó contra el helado cristal y cruzó los tobillos de manera perezosa. Ginger ganó una vista panorámica de su trasero y pensó que estaba como para comérselo.

¡Santo Dios! ¿En qué estaba pensando? Inevitable, pero cierto.

Se obligó a prestarle atención mientras él contestaba.

—Solo sé que ha sido así desde siempre —empezó con un rastro casi imperceptible de nostalgia en la voz.



—¿No lo recuerdas?

Sebastian negó con la cabeza y volteó hacia ella, sus ojos destellaron con el reflejo de la luz.

—No lo entiendo —dijo Ginger un poco más suelta—. ¿Por qué cambias? ¿Tiene que ver con la luna? ¿Alguna fecha en especial? ¿Es tu cumpleaños? ¿El calentamiento global? ¿Es la maldición de los doce horóscopos chinos? ¿Eres un transformista?

Sebastian no podía entender nada de lo que decía a causa de lo rápido que hablaba. Al final, no pudo contener la risa y agitó la mano en un gesto de negación.

—¡Pero qué imaginación! No, no, nada de eso —respondió cuando ella hizo silencio—. Me tomó casi toda la vida descubrir lo que me hacía cambiar. Pensé en todo lo que has dicho, pero, al final, solo es una cosa. —Miró al exterior, al cielo, donde las nubes lloraban y sus lágrimas caían sobre la banqueta—: Es el agua.

Ginger no dio crédito. De todas las cosas vudúes que se le habían ocurrido, ¿el agua era la respuesta? Ay, por favor, eso era... ¡Ridículo!

Hizo un gesto escéptico.

—¿Cómo puede hacerte eso? Si es tan...

—... inofensiva —concluyó él.

Ginger se sentó al filo de la cama, expectante. Nunca esperó que Sebastian la imitara y se acercara a la cama para sentarse junto a ella. Estaban tan cerca que sus muslos se rozaron. Ella sintió que su espacio estaba siendo violado, jamás de los jamases un chico se le había aproximado de esa manera; no sabía que el simple roce de la tela de su ropa con la de Sebastian pudiera desatar semejante cóctel de sensaciones dentro de su cuerpo.

Sebastian puso las manos hacia atrás, enterrándolas en el colchón, y miró las molduras del techo que estaban alrededor del pequeño candelabro de la habitación de Ginger.



—Sucede cada vez que llueve y yo no me refugio. ¡Puff!
En un momento estoy comiendo un *hot dog* —ahuecó su mano con la forma de un *hot dog* invisible— y al otro... —inclinó la mano, como si dejara caer el *hot dog*— estoy en cuatro patas sobre un charco.

Ginger se fascinó con la escena que se formó en su mente. Se imaginó a un Sebastian pequeño convirtiéndose en un gatito indefenso que no podía caminar, con los ojos cerrados, sin que se le hayan abierto aún, arrastrándose por algún callejón mugroso y húmedo.

Miró su ancha espalda y tuvo el desesperante impulso de frotar una mano en ella para consolarlo por todas esas veces que había llovido. Hasta donde sabía, Londres era la ciudad más lluviosa del mundo, lo que significaba un montón de transformaciones a lo largo de su vida.

—Si el agua te hace cambiar cómo regresas a... ser tú.

—¿Tú que crees? —preguntó.

Giró los ojos hacia ella, tenía la mirada sensualmente afilada y una sonrisa en los labios. Dios, ella no lo pudo soportar. A Ginger se le nubló la conciencia por un momento.

Se dio unos golpecitos en la barbilla con el dedo y torció la boca, algo que siempre hacía durante los exámenes de matemáticas.

—Veamos, si el agua te moja, te conviertes. Y lo contrario...

—Ya estás cerca —dijo él, como si pudiera oler lo que ella estaba pensando.

—Lo seco.

—¿Cómo dices? —inquirió.

—Vuelves a tu forma humana una vez que te secas —respondió.

Los ojos de Ginger brillaban de emoción, la misma emoción que le producía ser la primera en resolver los dichosos problemas



de matemáticas... que después le copiaban como buitres de carroña sobre un bisonte muerto, claro.

—Por eso, anoche, cambiaste porque... —miró la calefacción empotrada entre la pared y el piso—, porque yo encendí la calefacción y te secaste más rápido —culminó enarcando una ceja—. ¿No es así?

Ambos bajaron la vista y se dieron cuenta de su posición. Mientras Ginger hablaba, no se dio cuenta de que, de forma inconsciente, se inclinó más y más sobre Sebastian. Lo dejó al borde de estar tumbado sobre la cama.

Movido por la inercia, sus ojos aterrizaron justo en los labios entreabiertos de Ginger y cuando su cerebro logró entender lo que su cuerpo quería hacer se disparó la alarma contra incendios que se imaginaba había en su interior y retrocedió.

—Vaya... eres... —carraspeó— muy lista.

«Muy bonita», pensó.

Ginger tardó más tiempo en reaccionar y, cuando lo hizo, se sonrojó hasta el cuero cabelludo. Se levantó de un salto, buscó sus gafas con la idea de ocultar su rostro. Luego, comenzó a ordenar con torpeza el basurero que era su habitación, como si así pudiera construir un escudo protector entre ellos.

Porque él la afectaba.

Su mirada profunda la afectaba como no tenía idea.

—Y dime —pronunció Ginger mientras se retiraba un mechón de la cara al agacharse para recoger una camiseta—; si sabes que el agua te hace ser gato, ¿por qué no te compras una sombrilla o tratas de evitarla?

En ese momento no veía la expresión de Sebastian, pero pudo sentir que su rostro se torció con una mueca.



—No es tan fácil. Tarde o temprano también tengo que bañarme, ¿no? Eso no es algo que me guste hacer. Si las cosas fueran diferentes para mí, sería sencillo quedarme horas bajo una ducha, por el simple placer de que el agua caliente relaje mis músculos... Pero no lo son, así que odio el agua, tanto como los gatos de verdad.





CAPÍTULO 3

Agua

Era poco más de mediodía y la señora Kaminsky había salido a hacer unas compras, por lo tanto, Ginger estaba sola.

Con Sebastian. Que era un chico.

Un chico.

Le gustaba pensarlo y hacer gestos desdenosos frente al espejo.

—Oh, ¿Qué dices Keyra? ¿Qué mi «novio» está más bueno que el tuyo? —Se abanicó con la mano—. Ji, ji, ji. Pues sí. Está más bueno que un chocolate caliente.

—Ginger ¿Irás a tardar mucho? —la voz impaciente y amortiguada de Sebastian sonó al otro lado de la puerta del baño principal y la sobresaltó.

—No. ¿Por qué? ¿Quieres entrar? —preguntó.

Ay, Dios. Mejor tendría que haber dicho: «¿quieres entrar después de mí?».

—No, pero es que... ¡Auch! Tu perro no deja de amenazarme de muerte.



La situación estaba así: tratar que Sebastian saliera de la casa era como intentar meter a un gato en la bañera.



Y, en ese momento, tenía las manos aferradas al umbral de la puerta con mucha fuerza.

—Sebastian, esto es ridículo, los vecinos están mirando hacia acá —regañó Ginger—. Sal de una vez. ¿Acaso no estás aburrido de estar encerrado todo el día en mi habitación?

—¿Estás loca? ¿Qué tal si llueve? ¿Eh?

—Acaba de llover. No volverá a pasar hasta dentro de muchas horas —tranquilizó.

—Solo mira esa nube. —Señaló una gigantesca masa irregular de color gris que estaba en el cielo.

De pronto, Ginger se acordó de algo que no le había preguntado antes y se sintió desconsiderada por no haberlo hecho antes.

—¿Te duele al cambiar?

Él la miró por encima del hombro:

—No, creo que no... —respondió—. No lo sé, ni siquiera me doy cuenta hasta que noto que todo me queda a dos metros de distancia sobre la cabeza.

Eso debía ser muy raro.

Ginger estaba detrás de Sebastian y, detrás de Ginger, estaba Honey. El perro aprovechó que Sebastian zafó un brazo del umbral para lanzarse sobre su dueña con sus dos patas delanteras. Por inercia, Ginger chocó con la espalda de Sebastian y lo hizo caer por las escalinatas... arrastrándola a ella también.

Ginger quedó apretada entre un charco que le mojaba la espalda y el pecho de Sebastian.

—¿Qué pasa contigo? ¿Por qué siempre tienes que ser tan agresiva? —cuestionó él.

—¡Fue Honey! Además, yo no soy... —Sebastian se movió un poco, solo un poco, pero fue lo justo para que Ginger sintiera toda la firmeza de su cuerpo.

Se mareó.



Honey comenzó a ladrar con aire burlón. El corazón de Ginger latió a tal velocidad que sabía que él lo podría notarlo a través de la ropa.

Ella colocó las manos en los hombros de Sebastian y le dio empujones.

—Quítate, ¡quítate!

Él se apartó mientras se sobaba la parte baja de la espalda, luego le tendió la mano a Ginger para ayudarla a levantarse. En algún pequeño lugar, dentro de sí misma, estaba harta.

Harta. Harta. Harta.

Harta de que cada cosa que pasaba con Sebastian la hiciera perder la conciencia, el control de sí misma. Le molestaba porque era terreno desconocido para ella: la chica genio se sentía estúpida por primera vez en su vida.

La mano de Sebastian era como un guante para la mano de Ginger. Encajaban como las dos últimas piezas de un rompecabezas. Tenía el tamaño justo: la de él era grande y cubría por completo a la pequeña mano de ella.

Él carraspeó y se soltó para luego meter las manos en los bolsillos del pantalón y caminar hasta la banqueta.

—Bien, ya estoy afuera, ¿y ahora qué?

Ginger regresó por la correa de Honey, y tras cerrar la puerta con llave, caminaron por la acera.

La casa de Ginger estaba sobre la calle Downing. El palacio de Buckingham estaba tan cerca que su familia y la reina Isabel II eran vecinas. Aunque, claro, nunca tocaban a la puerta del otro para preguntar si tenía una taza con azúcar que prestarse, ni le dejaban encargado a Honey cuando la familia salía de viaje, ni invitaba a su madre a tomar el té de las cuatro mientras se pasaban los chismes de la loca duquesa de York.



Alrededor de ella se encontraba el parque de St. James, el Big Ben, el legendario puente de Londres, la abadía de Westminster y un puñado de jardines, teatros y museos; pero a pesar de todos esos lugares, Ginger no sabía a dónde ir con un chico.

Doblaron en la calle King Charles hasta entrar en el parque St. James donde Ginger soltó a Honey para que olfateara con libertad.

Mientras Sebastian lo veía alejarse con la nariz pegada a las hojas caídas, deseó en silencio que se perdiera y nunca volviera: los perros lo ponían nervioso y huraño. Honey no era la excepción.



Sentado en el lado más seco de una banca, Sebastian esperaba. Había pasado una semana entera. Con sus siete días y seis medianoches. Una semana entera como un gato. Y, bueno, ¿qué esperaba? No paraba de llover y llover y llover... y llover.

Bien, tampoco era para quejarse, estaba más que acostumbrado, pero ¿en qué estaba pensando? ¿Dejar que una desconocida con disfraz de camarón lo recogiera como si fuera un peluche abandonado?

¿Por qué simplemente no la atacó como pensaba hacerlo al principio? ¿Por qué no saltó y la arañó en la cara? La respuesta era sencilla: quería que lo sacara de ahí.

Abrió los ojos, hasta ese momento los había mantenido cerrados; la luz que se colaba de manera intermitente entre las hojas de los árboles lo cegaba. Un poco más allá, vio la espalda de Ginger. Ella hablaba con el dueño de un carrito de *hot dogs*. A pesar de ser alta, su complexión era muy menudita y parecía que su pelirrojo cabello la quemaba como fuego en su piel de fantasma.



Sebastian pensó que era muy flacucha y que daba tropezones constantemente con cualquier diminuto relieve en el cemento demostrando su grado de arritmia. Además, casi no tenía pechos —sí, hasta en eso se fijó—.

Pero hace un rato...

Y en la mañana...

—¿Un *hot dog*?

Sebastian parpadeó cuando se dio cuenta de que frente a su nariz se extendía el alargado alimento. Ginger se hizo espacio en el lado seco del asiento empujando un poco la cadera de Sebastian con la suya. Luego apuró una mordida en su *hot dog*.

—Mmm... El tuyo tiene mostaza. Espero que te guste la mostaza. El mío es de salchicha vegetariana y no tiene mostaza porque soy alérgica a ella —comentó—. Bueno, la verdad es que soy alérgica a la mayoría de los alimentos y debo visitar seguido al nutricionista. Lo odio, no me deja comer nada y ni siquiera puedo hacer deportes porque me desmayo, por eso estoy exenta de esa clase en la escuela, lo que es genial; pero, por desgracia, no puedo ver a los jugadores y...

Sebastian se presionó ambas sienes.

—¿Siempre haces eso?

Ginger lo miró desconcertada con el *hot dog* a medio camino de su boca.

—¿Hacer qué?

—Hablar y hablar cuando te emocionas.

—Yo... —tuvo que desviar la mirada a su regazo, los ojos de Sebastian estaban cegadoramente más azules a la luz natural— es que... es agradable hablar con alguien y saber que te escucha. —Su voz se fue apagando, sospechó que había dejado entrever el suicidio social que había sido su vida.



—¿Te referes a que no tienes amigas como esas que se cuelgan en el teléfono hablando horas y horas?

Ginger sacudió la cabeza:

—No solo no tengo de esas, es que no tengo de ningún tipo —admitió.

Sebastian no pudo evitar sentir pena a causa de esa declaración. Deseó haberla conocido antes para poder ser su amigo; pero, contra el pasado, no se podía hacer nada.

Sintió que era el único que podía darle consuelo. Apoyó su mano en la de ella y dijo:

—¿Y yo qué? ¿Acaso no cuento como amigo? —sonrió.

Ginger no podía procesar esas palabras.

—¿Tú? Pero... te acabo de conocer, hace un día.

—Un día, dos segundos, veinte años, eso no importa. Para ser amigos no hay reglas, Ginger.

Los ojos de Ginger ardían por las lágrimas que no entendía por qué querían salir tan de repente. Hizo un enorme esfuerzo por mantenerlas a raya y sonrió hasta que sus labios se ensancharon del todo. Sebastian experimentó una sensación extraña que lo pasmó. Fue como si la sonrisa de Ginger fuera capaz de iluminar todo Londres en la noche.

Durante el camino de regreso a casa, Ginger encontró a Honey y le volvió a colocar la correa: ese acto irritó a Sebastian. Ambos, perro y humano, se fulminaron con la mirada como los eternos enemigos que eran.

—He querido saber, si no te molesta contestar...

Sebastian puso los ojos en blanco:

—Ya deja de ser tan formal, por favor, siento que me está hablando la reina.

Ginger se lo tomó como un cumplido y se sonrojó; pero prosiguió:



—Está bien... Emm, amigo. —Esta vez habló como una chica «mala» y le dio un puñetazo a Sebastian en el brazo.

—Demasiado informal... y agresiva. Solo sé tú misma.

Ginger tomó aire y lo volvió a intentar:

—¿Qué haces cuando no estás ocupado cazando ratones? Me refiero a cuando eres humano... ¿Dónde vives? ¿Con tus padres?

Él se adelantó a patear una piedra que sabía que Ginger no vería y que podría lastimarla, aunque, de todas formas, ella se golpeó el dedo con otra. ¡Sebastian no podía contra las fuerzas oscuras de las piedras del mundo!

—Nunca he sabido nada de mis padres —dijo mientras intercambiaba lugares con Ginger, el suyo estaba menos infestado de piedritas—. La señora Lovett me rescató cuando tenía cinco años.

—¿La señora Lovett? ¿La que tiene cincuenta gatos viviendo en su casa y que falleció hace unos años?

—La misma. En ese momento yo tenía el tamaño de un gato bebé, pero ya había abierto los ojos y podía caminar más o menos bien. Cuando me secó con una secadora para el cabello y volví a ser humano...

—¡Te botó de nuevo!

—No, ¡qué va! Me adoró como si fuera un dios gato egipcio. Mi condición no la sorprendió. Hasta creyó que todos sus gatos eran iguales a mí, los bañaba todos los días porque esperaba que se convirtieran en humanos; pero esa es otra historia, créeme, no quieres saber. Los terminó por matar a todos de un resfriado.

Ginger se rio, muy a pesar de los gatitos.

—Todo el mundo cree que está loca —siguió Sebastian—, pero no es cierto... bueno, un poco tal vez... Sin embargo, es una buena persona. Se encargó de mi educación, aunque debo decir que no asistía mucho a la escuela porque siempre llovía y su sombrilla tenía varios hoyos. —Suspiró—. Sin embargo,



aprendí que es más fácil ser un vago cuando eres un gato, tienes menos necesidades.

A Ginger le dolió que, de cierta manera, reconociera que le gustaba ser un animal. Tal vez, quisiera irse pronto y regresar a su vida de antes, dejándola a ella sin...

Sin un amigo.

Una gota cayó en la nariz de Sebastian y se alteró.

—Ay, no. No otra vez —se pegó a una pared y miró al cielo.

—¿Qué pasa?

—¡Va a llover! —el terror y la angustia se reflejaron en sus ojos.

Ginger alzó la barbilla al cielo y sacó la lengua, como si quisiera capturar alguna gota.

—Claro que no. Solo estás un poco...

Un trueno hizo vibrar los cristales de las casas y, de inmediato y sin previo aviso, se soltó una lluvia torrencial.

—Diablos. —Ginger se apresuró a sacar las llaves de su casa y se agachó hacia su perro—. Honey, como te enseñé. ¡Toma las llaves y corre lo más rápido que puedas a la casa! ¡Corre!

El perro, obediente, salió disparado con las llaves que tintineaban en su hocico. Ginger se apresuró a quitarse el suéter y se lo puso a Sebastian sobre la cabeza.

—Olvídalo, ya es tarde.

—Ni loca. —Le tomó la mano y se la apretó con fuerza para luego jalarlo—. Agacha la cabeza y corre, yo te guío. Confía en mí.

Ginger corrió como una desesperada. Le había dicho a Sebastian que confiara en ella, pero ella no podía confiar en su vista... Se le había metido agua en los ojos y eso le impedía tener una visión clara.

Tuvo que guiarlo con los ojos cerrados; al menos ella se sabía el camino de memoria. Logró parpadear y deshacerse un poco del agua. No estaban lejos de la casa, pero ella ya iba demasiado



empapada. La blusa se le transparentaba y sus zapatos crujían mientras emitían un sonido de succión por el agua que había dentro de ellos.

Era Sebastian el que ahora le apretaba la mano a ella con mucha fuerza.

—Ya casi llegamos, solo aguanta...

Faltaban tres casas para llegar y Ginger pasó de sentir calor a tener los dedos fríos por la lluvia. Se detuvo en seco. Las gotas caían más cargadas, con más furia. Miró su mano vacía y luego miró por encima de su hombro.

Sebastian ya no estaba.



